



UN HOGAR

ES MUCHO MÁS QUE UN SITIO DONDE VIVIR
ES UN LUGAR AL QUE PERTENECER.

MANIFIESTO CAMPAÑA PERSONAS SIN HOGAR 2026

Un lugar de escucha y afecto,
de segundas oportunidades,
donde el odio y los prejuicios
se queden fuera.

PARA. ACÉRCATE. ACTÚA.



ORGANIZA



COLABORA



FINANCIA





Un hogar es mucho más que un sitio donde vivir, **es un lugar al que pertenecer**

Tener un hogar no se trata solo de tener un techo, sino de tener un lugar al que pertenecer.

Un hogar es un lugar del que poder irse y al que siempre poder volver. Es el lugar donde sentirse seguro y reconocido. Donde te esperan, te reciben y te cuidan. Un hogar también es comunidad: una comunidad que no expulsa, sino que abraza y arropa con fuerza a quienes forman parte de ella. Es diversa, tolerante y compasiva, y tiene la capacidad de dignificar a cada persona sin dejar a nadie fuera. Pero cuando las redes comunitarias se debilitan y el vínculo se quiebra, aumenta la vulnerabilidad y el riesgo de exclusión residencial, alejando a las personas de tener un hogar, un lugar al que pertenecer.

El sinhogarismo no puede reducirse a la imagen de quien duerme en la calle. Es la ruptura del vínculo más esencial del ser humano: el hogar. Es la pérdida de la familia que sostiene, de la red que protege y de la certeza de tener un lugar en el mundo donde la vida pueda desarrollarse con plenitud.

Las personas que acompañamos nos recuerdan qué significa realmente tener un hogar y qué ocurre cuando este falta. Un hogar es, para ellas, un espacio de seguridad, estabilidad y libertad. Un lugar donde poder ser una misma, descansar, sentirse a salvo y construir una vida. También es el punto desde el que es posible recuperar la autonomía, mejorar la autoestima, fortalecer los vínculos familiares y abrir la puerta a nuevos proyectos de vida.

Cuando este hogar no existe, aparece la incertidumbre diaria, el estrés constante y la dificultad para sostener la salud emocional. La falta de vivienda no afecta solo a lo material, sino a todas las dimensiones de la vida.

Cuando preguntamos qué cambiaría con un hogar digno y seguro, las respuestas son contundentes: **“todo”**. Poder vivir con los hijos, recuperar la estabilidad, mejorar la salud mental, acceder a un empleo o simplemente vivir con tranquilidad. Porque tener un hogar es tener un lugar al que pertenecer.

Las personas que acompañamos describen la realidad del sinhogarismo como una experiencia dura, inestable e inhumana. Hablan de la incertidumbre de no saber dónde vivirán en unos meses, del desgaste emocional y de la sensación de exclusión. También señalan el impacto del estigma social, la falta de empatía y el juicio constante. Piden que la sociedad comprenda que esta situación no es una elección y que cualquier persona podría verse en ella.



Al mismo tiempo, recuerdan que la vivienda es un derecho y que las desigualdades estructurales influyen directamente en estas realidades. Invitan a mirar esta situación con empatía, respeto y conciencia social, reconociendo la dignidad de todas las personas. Frente a la mirada de rechazo o indiferencia, apelan a la solidaridad y a la responsabilidad colectiva.

En el día a día observamos cómo las personas en situación de sinhogarismo se enfrentan a prejuicios, estigmas y actitudes discriminatorias que han ido en aumento. Estos discursos, que reducen una realidad compleja a estereotipos, alimentan el rechazo y contribuyen a deshumanizar a quienes la viven.

Frente a ello, es necesario cuestionar las miradas que responsabilizan a las personas de situaciones que tienen causas estructurales. La exclusión residencial no es una elección individual, sino el resultado de factores sociales, económicos y políticos. Combatir estos discursos implica promover una mirada basada en los derechos humanos, la empatía y la responsabilidad colectiva.

El incremento de personas en situación de sinhogarismo es alarmante e inaceptable. Cada día, más personas son expulsadas de un sistema que no garantiza los derechos más básicos. La red de recursos es insuficiente, está saturada y es incapaz de ofrecer una respuesta digna.

Garantizar derechos no puede seguir siendo opcional. No podemos sostener un modelo que prioriza el mercado por encima de la vida e impide que todas las personas tengan un hogar, un lugar al que pertenecer.

Hablar de sinhogarismo es hablar de la pérdida de lo más esencial: el hogar y la comunidad que nos sostiene. Porque cuando una persona pierde su hogar, pierde vínculos, apoyo y la posibilidad de formar parte. Si la comunidad no es capaz de proteger a sus miembros, toda la sociedad se debilita y la vulnerabilidad se extiende.

La exclusión de quienes viven en la calle nos empobrece como sociedad. Una comunidad cohesionada se construye cuando cuida a sus miembros más vulnerables. Garantizar una vivienda estable, segura y adecuada es responsabilidad de las instituciones, pero también un compromiso colectivo.

Reafirmamos que la dignidad debe ser siempre el punto de partida. Nadie nace para vivir sin hogar.

Nadie debería ver reducida su existencia a la intemperie cuando el objetivo es claro: tener un hogar, un lugar al que pertenecer.

Porque un hogar es un lugar de escucha y afecto. De segundas oportunidades. Un lugar donde el odio y los prejuicios se quedan fuera.

**PARA. ACÉRCATE. ACTÚA.
¡NADIE SIN HOGAR!**